

María, mujer de hoy y siempre. Teología de la Virgen María

Juan José de León Lastra, O.P.
San Pablo. Valladolid

Presentación

Introducción

Que un hombre intente presentar a María como mujer puede parecer un atrevimiento. ¿Por qué no dejar hablar de la mujer a las mujeres? Sin embargo es indudable que a los hombres nos interesan las mujeres, también a los hombres célibes por opción. Y a las mujeres les gusta saber cómo las vemos. También a nosotros nos gusta saber cómo nos ven.

En todo caso no voy a hablar de la mujer, sino de una mujer, de María, la madre de Jesús de Nazaret, el Verbo encarnado y, por tanto, de la Madre de Dios.

1. El sentir del pueblo, más que el discurso teológico, configura la presencia de María en nuestra fe.

Hacer públicas reflexiones personales sobre María tiene su peligro. María tiene en la fe y espiritualidad de la mayoría de los fieles un lugar importante, que es debido, no tanto a una reflexión teológica como a una tradición heredada o a un sentimiento nacido ya en la infancia y luego desarrollado, vinculado con frecuencia, además, a una advocación mariana. Es decir, su presencia en la vida de los fieles va unida a motivos muy personales y, por lo mismo, distintos. No es la objetividad de la razón quien sitúa a María en la vida cristiana, sino la subjetividad del propio sentimiento y de la propia historia y geografía..

Se puede decir que la teología, entendida como ciencia del Dios revelado, hablando de María ha ido a remolque de la espiritualidad y las creencias del pueblo cristiano. Esto se ha visto por ejemplo en la actuación del ámbito académico teológico ante lo que el pueblo fiel había venido creyendo sobre María en su concepción inmaculada. Que María estuviera libre de toda culpa desde el inicio de su vida parecía apartarla de la redención de Jesús, y eso planteaba serios problemas a los teólogos más estrictos: ¿de qué iba a ser redimida? La redención de Cristo ¿no fue, pues, universal? Figuras del relieve de santo Tomás negaron ese privilegio mariano. Ante la presión del pueblo fiel los teólogos se vieron obligados a esforzarse en hacer compatibles la concepción inmaculada de María y la universalidad de la redención de Cristo. Encontraron la solución al considerar que en Dios, no hay un antes ni un después. Por lo tanto la vida, muerte y resurrección redentora de Cristo pudo tener un primer efecto salvífico y liberador en la misma concepción de María, aunque ésta fuera anterior en el tiempo. María fue la primera redimida.

Es, pues, el pueblo fiel quien ha ido modelando la figura de María. Por eso hemos de estar atentos a la consideración que María merece al pueblo, al culto que le tributa, etc. Pero nada debe impedir que el fundamento de lo que reflexionemos sobre María se halle en la verdad revelada y en las consecuencias lógicas que de ella se deriven.

2. *María, la mujer de nuestra fe.*

Una propiedad del lugar reservado a María en la espiritualidad del pueblo es lo que se relaciona más inmediatamente con su condición de mujer. María ha venido a ser quien llenara el vacío de una religiosidad, espiritualidad y teología, donde todo el protagonismo era del varón. La devoción popular a María y el cultivo de su elogio, manifiesto en las diversas letanías, han servido para compensar el carácter excesivamente "machista" que se daba a nuestra fe, a nuestro Dios, a nuestra Iglesia.

3. *María, mujer, desde una nueva antropología.*

Pero, a la vez, ese lugar reservado a María no ha dejado de ser producto de una religiosidad patriarcal y de una antropología en la que es evidente el protagonismo del varón. Pablo VI lo recordó en un texto fundamental que, aunque largo, creo que merece la pena transcribir.

"En el culto a la Virgen merecen también atenta consideración las adquisiciones seguras y comprobadas de las ciencias humanas; esto ayudará efectivamente a eliminar una de las causas de la inquietud en el campo del culto a la Madre del Señor: es decir, la diversidad entre algunas cosas de su contenido y las actuales concepciones antropológicas y la realidad psicosociológica, profundamente cambiada, en que viven y actúan los hombres de nuestro tiempo. Se observa, en efecto, que es difícil encuadrar la imagen de la Virgen, tal como es presentada por cierta literatura devocional, en las condiciones de vida de la sociedad contemporánea y en particular en las condiciones de la mujer...Deriva de ahí para algunos una falta de afecto hacia el culto a la Virgen y una dificultad en tomar a María como modelo, porque los horizontes de su vida - se dice - resultan estrechos con las amplias zonas de actividad en las que el hombre contemporáneo está llamado a actuar. En este sentido,... exhortamos a los teólogos, a los responsables de las comunidades cristianas y a los mismos fieles a dedicar la debida atención a estos problemas" (Marialis cultus 34)

1. **María, mujer que escucha la Palabra**

1.1. **María, la mujer que la Palabra nos muestra**

El Vaticano II decía a propósito del culto a María: "los teólogos y predicadores eviten con cuidado toda falsa exageración, así como una excesiva estrechez de espíritu al tratar de la singular dignidad de la Madre de Dios" (LG.67). Lo más práctico para moverse en el justo medio es ser guiados por lo que los textos sagrados ofrecen e insinúan. Pablo VI advertía en **Marialis cultus** sobre "ciertos aspectos de la imagen de María encontrados en escritos populares....que no tienen relación con la imagen evangélica" de María.

Para acercarnos a María lo primero que hemos de hacer es leer detenidamente los evangelios. Ninguna aparición de María -de las que celebra la Iglesia- dice más y habla mejor sobre María que el evangelio cuando habla de ella. En los evangelios tenemos: la infancia de Jesús, según Lucas y Mateo, el episodio del encuentro de María con Jesús en medio de la predicación de éste, y lo que Juan relata sobre su presencia en el comienzo de la vida pública en las bodas de Caná y sobre su presencia a los pies de la cruz. Y en los Hechos de los apóstoles tenemos, finalmente, la referencia de Lucas a su oración con los discípulos antes de la venida del Espíritu Santo.

1.2. Título supremo de María: discípula porque escucha la Palabra...

El episodio que relata Lucas en dos momentos, uno de ellos reiterado por los otros sinópticos, de la presencia de María y familiares en el grupo que escucha a Jesús, le permite a éste señalar qué es lo que más le une a María: no el ser hijo biológico, sino el que ella haya escuchado la palabra de Dios y la haya puesto en práctica (Lc. 8,19-21; 11,27-28)

San Agustín comenta el episodio y dice: "Les suplico que escuchen lo que el Señor tuvo que decir cuando extendió sus manos a sus discípulos...:'Aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre'. De esto ¿vamos a entender que la Virgen María no hizo la voluntad del Padre?...En verdad ella hizo la voluntad del Padre, y para ella era más grande ser discípula de Cristo que ser su madre. Hay más alegría en ser su discípulo que en ser su madre".

San Agustín ha recogido en esas palabras la versión de Mateo y Marcos en las que esa nueva relación familiar se cifra en "*cumplir la voluntad del Padre*". Lucas lo expresa diciendo que son hermanos y madre "*aquellos que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica*". La última frase del texto del santo sobre la alegría de ser discípulo responde al episodio que sólo aparece en Lucas (11,27-28) cuando, ante el elogio que pronuncia uno de los presentes a su madre, Jesús dice: "felicis -alegres- más bien los que oyen la Palabra de Dios y la ponen en práctica".

Ser discípula de Jesús, la primera y más aplicada discípula, este es el título supremo de María. Más importante aún que la fundamental relación biológica, de madre a hijo, tan común, es la relación de discípula a maestro, no tan común. Y ésta en María es excepcional. Sobre todo si tenemos en cuenta lo difícil que le fue a Jesús hacer de sus seguidores discípulos. No lo consiguió ni siquiera con los que él seleccionó como apóstoles, hasta que le llegó el Espíritu Santo

Precisamente una carencia de nuestra sociedad es la pérdida del concepto de *discípulo*. No se es discípulo, en primer lugar, porque no se escucha ni al maestro. El ritmo de nuestra sociedad, los múltiples ruidos, las entrecruzadas palabras que asaetean nuestros oídos no permiten la escucha serena. Confundimos voces con ecos, no hay tiempo para discernir y fácilmente nos quedamos con la palabra más fuertemente pronunciada o más reiterada. O bien con la que es más fácil y acorde con nuestros intereses. Y, en segundo lugar, no somos discípulos porque entendemos que nuestra autonomía no puede quedar limitada por la palabra de otro. Como si sólo nos fiáramos de nuestros descubrimientos, de nuestras experiencias. No tenemos fe ni confianza en los demás. Formamos una

sociedad de maestros, todos creemos tener que decir la palabra última. Sentirnos discípulos es sentirnos empujados.

1.3. ...Y la pone en práctica.

"Hágase en mí según tu palabra". La palabra de Dios siempre es fecunda, pero nosotros debemos preparar la tierra para que germine y dé fruto. Por eso María "guardaba todas esas cosas meditándolas en su corazón". Para llevar a la práctica la palabra hemos de escucharla en el corazón, sentir como la Palabra quiere que sintamos. La práctica es la manifestación lógica de lo que hemos acogido y de lo que sentimos. No se trata de la práctica que responde a una orden militar que ejecutamos simplemente porque es una orden. No; hacemos nuestra esa Palabra, aceptamos con alegría la palabra y no podemos menos que llevarla a la práctica. "Dichosos quienes la escuchan y la cumplen". Es una cuestión de felicidad, no de puro deber.

1.4. En situaciones que no son precisamente fáciles.

María no lo tuvo fácil. Hubo de vivir situaciones en las que lo inesperado y sorprendente necesitaron tiempo y reflexión para actuar. Pensemos cómo es anunciado su hijo por el ángel: "Será santo y será llamado Hijo del Altísimo y el señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin". Es esa promesa la que la lleva a proclamar en el magnificat las maravillas que Dios ha hecho en ella, por las que será aclamada por todas las generaciones. Pero veamos también luego cómo se van a desarrollar los acontecimientos: nacimiento en un pesebre, persecución por las autoridades, huida a Egipto, promesa de que será piedra de contradicción y anuncio de que ella verá traspasada su alma con una espada hasta el momento terrible de su muerte.

¿Cómo se podía compaginar lo que el ángel anunció y con lo que la realidad le iría marcando? Necesitó mucha reflexión, mucho ponerse en las manos de Dios, total apertura a dejarse sorprender por su hijo y a aceptar lo que él hace más que lo que ella podía esperar de él. Ni ella ni José comprendieron en un primer momento la repuesta de Jesús. "¿no sabíais que tenía que ocuparme de las cosas de mi Padre?"

Los tiempos que vivimos han evolucionado hacia la búsqueda de la seguridad como valor supremo. El deseo de llevar a cabo la vida sin alteraciones; el rechazo del compromiso que puede perturbar nuestros proyectos, la urgencia de la fácil e inmediata comprensión del mundo en que nos movemos, es lo propio de la cultura burguesa. Por eso tienen mérito real quienes son capaces de romper con la monotonía de preocuparse sólo por mejorar el status económico, o social, y buscan ser sorprendidos por realidades fuertes que hacen romper con lo previsto. Para ello es necesario tener fe en una Palabra y en quien la pronuncia o simplemente sentirse interrogado por realidades que gritan ayuda y compromiso solidario.

Hemos de felicitarnos sobre todo porque en no pocas mujeres se ve hoy esa capacidad de romper con la actitud convencional que quiere pasar de puntillas ante el dolor, la miseria, la pérdida de sentido de la vida, el sufrimiento, mirando para otro lado; y escuchan esos gritos de los pobres, que son de Dios y asumen la dificultad de entrar en sus vidas para estar con ellos, para ofrecerles lo que puedan dar. Serán felices porque han escuchado la palabra de Dios y la ponen en práctica. María tiene también discípulos y, sobre todo, discípulas.

Puede leerse este libro sencillo y fácil: *Pobreza y esperanza de María*, del Cardenal Pironio. Ed. Narcea, Madrid, 1980.

2. El Dios de María, el Dios del Magnificat

El himno que Lucas pone en los labios de María es uno de los más bellos de la Escritura y de los más sorprendentes. Sorprendente, aunque esté impregnado de los sentimientos que los judíos más fieles a la promesa vivieron a lo largo de los siglos.

2.1. Un Dios que mira. "Ha mirado la humillación de su esclava".

Un Dios que mira: Nada humano le es ajeno. Más aún, nos mira con preocupación y amor. Está interesado en nosotros. Sobre todo en lo más pequeño y humilde. Mira lo que nadie mira, lo que pasa desapercibido a ojos de muchos. ¿Quién conocía a María en su tiempo? Lo que atrae su mirada no son nuestros brillos: intelectuales, sociales, económicos, ni siquiera morales; es atraída simplemente por nuestra condición humana. Es la mirada de Padre/madre a su hijo, que puede ser una mirada de satisfacción o de preocupación, pero siempre una mirada. Y más insistente cuanto más preocupante sea la vida de su hijo. Dios miró la esclavitud de su pueblo en Egipto, igual que la esterilidad de Ana e Isabel o la humillación de su esclava María. Es la mirada del salvador.

Conocemos muchos cuadros en los que María mira dulcemente a Jesús, su hijo. Esa es la mirada de Dios madre a nosotros. En sus manos estamos, su ternura le lleva a fijar su ojos en nosotros.

Nuestra respuesta es sentir esa mirada de Dios. Sólo la percibiremos desde una actitud humilde, como María, si nos hacemos niños, débiles, en sus brazos. El rico, el poderoso, el autosuficiente no se siente mirado por Dios, ni cree necesitar su mirada. No se ve con necesidad de salvación. Es hijo sin padre ni madre. No cree necesitarlos. Su destino es encontrarse solo en la vida.

2.2. Dios que actúa. "El poderoso ha hecho cosas grandes en mí".

Para que Dios haga grandes cosas es necesario que nosotros no nos creamos los autores de todo lo grande, que no nos juzguemos los únicos protagonistas de nuestra vida. Lo somos para el mal, no para el bien. Dios está comprometido en nuestra historia para derramar bienes sobre ella.

Pero actúa a través de mediaciones. El mediador por excelencia es Jesucristo, su hijo. En esa mediación María tuvo un papel esencial; de su carne y sangre se formó Jesús, también hijo suyo. A través de ella sigue actuando Dios, sigue siendo mediación de gracias. También nosotros estamos llamados a colaborar en ese plan de Dios, como María. Hemos sido llamados, no por nuestra fuerza, sino por nuestra disponibilidad, a ser mediaciones de Dios. La realidad femenina de María, su capacidad femenina de acogida, de generar vida, de cuidar la vida, es la parábola de cómo hemos de ser los brazos de Dios para que haga cosas grandes en nosotros y, a través de nosotros, en los demás.

2.3. La justicia y la misericordia de Dios.

La acción de Dios es la suma de su poder y de su misericordia: "su misericordia llega a sus fieles de generación en generación". Es la misericordia lo que conduce a la justicia. Con ambas "hace proezas". Esas proezas consisten en apiadarse de los pobres y humillados, de los hambrientos, y actuar contra quienes empobrecen y humillan. Misericordia y justicia se alían para salvar la condición humana, para "auxiliar a Israel su siervo".

La historia es el relato de muchas "proezas" llevadas a cabo por los seres humanos, sobre todo hombres. ¿Qué proezas? Proezas bélicas, las que llevan al triunfo del más poderoso o más capaz, y la derrota de los que lo son menos. Las proezas de Dios no permiten subirse al carro del vencedor, sino hacerse presente entre los derrotados y humillados. El hambre del pobre quedará saciada con sentir que Dios está de su parte, el mejor bien que se le puede dar. Los humildes se sentirán enaltecidos cuando sepan que Dios no les olvida, no cuando se convierten ellos en poderosos.

María reconoce las maravillas que el Señor ha hecho en ella, no porque le ha dado poder y la ha saciado de bienes terrenos, sino porque Dios está de su parte, y ella de parte de Dios y la ha comprometido en un proyecto salvador, que no le concederá honores momentáneos ni solucionará económicamente su vida, pero sí traerá el bien supremo que Dios puede ofrecer, su hijo y su proyecto de liberación. En ella el Dios de la promesa ha llegado a ser el Dios de las realidades salvíficas.

2.4. El Dios de la alegría. "Se alegra mi espíritu en Dios mi salvador"

Todo el canto del magnificat es un canto de alegría. En general, el entorno de María en el evangelio de la infancia según san Lucas es alegre: el ángel la saluda. "Alégrate llena de gracia". Su presencia ante Isabel llenó a ésta de alegría y el hijo que llevaba en su seno "saltó de gozo"; el nacimiento es anunciado por los ángeles como "una gran alegría". El

Dios de María es un Dios que la llena de alegría: "alégrate porque el señor está contigo". La alegría de María, según el evangelista Juan, estará de manifiesto en su interés por que la falta de vino no arruine la fiesta de bodas a la que ella y Jesús habían sido invitados.

El magnificat ofrece una actitud ante la vida de la que carece esa clásica plegaria a María, *la salve*. En esta plegaria los hombres y mujeres se encuentran en un valle de lágrimas, en un destierro, del que gimiendo y llorando acuden a María para que los acoja al final -¿deseado?- del destierro. En el magnificat María es feliz por ser lo que es, es feliz por estar entre los suyos, con Isabel su pariente a quien viene a ayudar, es feliz por sentir junto a ella, ya en la tierra, la presencia poderosa y misericordiosa de Dios.

No deja de ser un desafío para los cristianos en nuestra sociedad el presentar un Dios que reparte alegría. Presentar unos cristianos que no son unos pedigüños descontentos de su suerte, sino hombres y mujeres agradecidos a la vida que se les ha dado, junto con tantas cosas gozosas como Dios ha derramado en ella.

Libro que amplía esta y otras reflexiones: *La madre de Jesús*, Xavier Pikaza, Ed. Sígueme, Salamanca, 1989

3. La persona humana que vemos reflejada en María

3.1. Ser lo que somos

En María se hace carne la Palabra, la revelación de Dios. En la revelación Dios se dice a sí mismo, tiene confidencias con nosotros, manifiesta que tanto ha amado al mundo que le ha entregado su hijo. Y sin embargo la revelación de Dios tiene como objetivo no satisfacer nuestra curiosidad sobre él, sino poder responder a la que es pregunta fundamental *¿qué es el ser humano? ¿qué somos los hombres? ¿qué nos cabe esperar?; o sea ¿qué quiere Dios de nosotros?*. Siempre conocerse a uno mismo fue el objeto de la Filosofía. Dios quiere que descubramos lo que somos, lo que debemos ser, lo que podemos esperar al conocer su proyecto sobre nosotros. No tenemos que inventarnos nuestro ser, Él nos dice lo que tenemos que ser y cómo serlo.

3.2. María aprendió a ser mujer en el servicio a los demás.

De acuerdo con el proyecto de Dios sobre ella, que le fue revelado, María fue, como hemos dicho, ante todo discípula. Poco a poco fue descubriendo cómo debía desarrollarse su vida, siempre al servicio de Jesús, en cuanto encarnación del proyecto que Dios tiene sobre el hombre, siempre al servicio de la realidad humana más perfecta: "perfecto hombre y hombre perfecto", como dice *Gaudium et Spes*. María se fue haciendo persona humana en el servicio a las personas humanas, en especial al modelo de persona humana, su hijo Jesús. María comenzó pronto atendiendo a la difícil e

impensable maternidad de Isabel; se derramó luego con generosidad al lado de Jesús, y, muerto su hijo, continuó dedicando los últimos años a juntar a los apóstoles, a fortalecer su esperanza en la resurrección de Jesús y a estimularles a llevar adelante la misión que éste les había confiado.

3.3. Mujer de sentimientos.

San Pablo decía que tenía los mismos sentimientos que Cristo. No se puede expresar mejor su unión a Jesús. Los sentimientos nos unen y separan de los demás y de Dios. Más aún, los sentimientos nos constituyen, somos lo que sentimos. Así como un ejercicio de sana espiritualidad es recorrer el evangelio para descubrir los sentimientos que impulsan a Jesús a obrar, del mismo modo podemos recorrer el texto sagrado para descubrir los de María. Será la mejor manera de conocerla.

En la anunciación encontramos: sentimientos de turbación y de incertidumbre ante el saludo del ángel; desconfianza ante el hecho imposible, ser madre siendo virgen; necesidad de explicación; fe en la palabra del ángel y aceptación del compromiso de su maternidad, fiada en la Palabra de Dios. Todo un proceso psicológico que manifiesta cómo María no lo tuvo todo claro desde el primer momento y reaccionó al modo como nosotros lo hubiéramos hecho.

En la visita a Isabel, María muestra ese sentimiento de cercanía, de cariño y entrega a quien puede necesitarla; y a la vez de total alegría por lo que Dios ha hecho en Isabel y en ella.

En torno al nacimiento, sentimientos de sorpresa ante los acontecimientos vividos en profundidad y serenidad, dándose tiempo para entender lo que sucedía.

En la presentación en el templo, sentimientos de tristeza mezclados con sentimientos de alegría que la llenan de admiración por lo que escuchaba.

En el templo, sentimiento de incertidumbre ante la respuesta distante de Jesús cuando se queda allí sin avisarles.

En las bodas de Caná, sentimiento de compasión por los anfitriones de la boda, y de total confianza en Jesús su hijo.

Finalmente, sentimientos de perdón y acogida a los discípulos que abandonaron a Jesús cuando les reunió para hacer una oración unánime.

Todo estos sentimientos los encontramos sin salir del texto evangélico. Pero cualquier persona, mujer, en especial, no digamos madre, puede imaginar lo que ella sintió ante la matanza de inocentes, ante la huida a Egipto, o al ver a su hijo homenajado por personas de relieve como eran los magos; y, sobre todo, ante la cruz donde muere su hijo, o al tenerlo, muerto, en su regazo, como tantas veces lo hemos visto representado.

3.4. Mujer de compromiso

Siempre se puede decir que los sentimientos son insuficientes, que es necesario llegar al compromiso. Si los sentimientos no nos llevan al compromiso es que no son lo fuertes o

sinceros que debían ser. La tendencia del hombre de hoy hacia la eficacia, hacia lo que sea evaluable y mensurable deja en segundo lugar los sentimientos. Eso hemos de verlo como despreocuparse de lo que podíamos llamar "la plenitud de la ley", lo que nos impulsa a obrar de una manera determinada, que Jesús vino a traer.

En todo caso, María es mujer de decisiones comprometidas. Decide en la oscuridad ponerse a disposición de Dios, va aprisa a estar con Isabel y sobre todo proclama un Dios que se muestra comprometido con la condición humana, de manera especial con los menos relevantes de ella. Con un compromiso que supone revolucionar el orden establecido.

Si bien san Mateo pone a José en el centro de las decisiones que hay que tomar ante las difíciles situaciones que el matrimonio ha de vivir, san Lucas atribuye ese protagonismo en su totalidad a María. María es para Lucas lo que hoy llamaríamos el cabeza de familia, quien la representa, quien conduce su vida. Es propio del evangelio de Lucas destacar el protagonismo de la mujer.

3.5. María tipo de la condición humana

Jesús vivió no sólo para realizar una misión puntual de salvación, sino para realizarla implicándose en todas sus dimensiones del existir humano, menos en el pecado. Esto nos permite que sea el modelo a seguir o a imitar. María fue su primera imitadora, como fue su primera discípula. Ella es modelo de aproximación a Jesús como decían los clásicos, *Per Mariam ad Jesum*, por María a Jesús. Así la ha visto el concilio Vaticano II. Es necesario que en María se vea no sólo la mujer que llenamos de elogios en una letanía, ni siquiera exclusivamente nuestra intercesora, sino, y sobre todo, el modelo de aceptar el plan de Dios sobre nosotros. O, lo que es lo mismo, el modelo de cómo ser realmente personas humanas.

Esto vale evidentemente para hombres y mujeres. Los hombres han de ver en María aspectos que pueden parecer de la mujer, que se han de incorporar a todo ser humano. El hombre necesita aprender de la mujer a ser varón. Y la mujer ve en María reivindicaciones de su condición femenina como el compromiso fuerte por los desfavorecidos, los sentimientos de generosidad y entrega, el ser persona que vive y siente la realidad de los otros, como María en Caná, que no confunde la aceptación de un plan de Dios con la despreocupación por entender qué es lo que sucede al su alrededor. Sumisa a Dios, pero no desde la inconsciencia.

Apoyamos esto en este precioso texto:

El modelo y el paradigma del cristiano no es ninguna de las viejas figuras religiosas: no es Abraham y su camino de esperanza, ni Moisés con el ascenso al monte en el que Dios se hace tangible; ni es Elías que pregona penitencia y sube al cielo; ni el Bautista con su voz de conversión; ni Pedro en su oficio de roca de la Iglesia; ni Pablo convertido en mensajero de la fe entre los paganos. El tipo de cristiano es una simple mujer que ha creído y por eso es feliz; una mujer humilde

que por eso ha sido engrandecida; una mujer que se ha puesto en las manos del misterio haciendo posible que Dios nos visite de una vez y para siempre en Cristo.

Puede leerse: *María, símbolo del pueblo*, por Jesús Espeja. San Esteban, Salamanca, 1990

4. La mujer desde María Mujer

4.1. Mujer es un título en María

Jesús, nacido de mujer, dice san Pablo. *Mujer, ahí tienes a tu hijo*, dice Juan .

Mujer es un título que da realidad al ser humano de María. No se trata de ver en María el "eterno femenino" si es que esto existe, sino de ver una mujer en un tiempo determinado, en una sociedad determinada, actuando como una mujer de su tiempo en el que Dios se le hace presente, y una mujer con Dios, los hombres y mujeres.

María reacciona como mujer a las diversas situaciones por las que ha de pasar. No podemos ver en María a la adolescente de ojos azules y cabello rubios que quiere representar su concepción inmaculada, sino la joven semita que ha de hacer frente en su juventud a situaciones impensables por su complicación, teniendo junto a sí a su familia, a José. Es la mujer que envejece pronto como las mujeres de entonces en el cuidado y escucha de Jesús, en compañía de su esposo.

4.2. Mujer que eleva la condición de serlo.

La misión que Dios encomienda a María, dado el concepto de la mujer en la sociedad en que vive, excede todo lo que se podría esperar de una de ellas. No es sólo el ser madre de Dios, que, al fin y al cabo es un título cristológico, sino el estar comprometida, por elección de Dios, pero también por decisión de ella, en el proyecto de Jesús su hijo.

Es la nueva Eva: es el modelo de mujer que Dios proyectó y que Eva hizo fracasar. Eva estuvo en el comienzo de la creación, María en el comienzo de la re-creación. Eva fue hecha a partir de Adán, María daría carne a Jesús. Ser mujer es un título para María. Que María fuera mujer supone una elevación de la categoría de mujer. En María, en el hogar de Nazaret, aprendió Jesús el delicado trato, sorprendente para la sociedad de entonces, que tuvo con las mujeres, su elevada valoración de ellas y su profunda amistad.

4.3. María, doblemente madre

Solo se puede ser madre desde la condición femenina. Sólo Dios, que está por encima de las diferencias de género, puede ser hombre y mujer.

María es madre de Jesús y es madre de Juan. Juan hereda la relación fundamental de María con Jesús, la maternidad.

Por ser madre se atreve a instar a Jesús a que remedie la situación de los anfitriones en Caná, por ser madre está presente en el Calvario en el momento trágico y decisivo, de la muerte.

Como madre quedará para Juan y para el resto de los apóstoles tras la muerte de Cristo.

Como madre la verá luego el pueblo cristiano. Sobre todo el pueblo cristiano que por defecto de educación era incapaz de ver en su dios alguien con sentimientos maternos.

¿Qué título puede superar el de ser madre? Sólo el de ser discípula de Jesús. Pero ser discípula de Jesús es ser su madre, como el mismo Jesús dice. María acogió como madre a Juan y a los apóstoles desde esa doble maternidad, la biológica de Jesús, y la de discípula de él. Y esta última maternidad fue la que la constituye especialmente madre de todos nosotros.

Una de las reivindicaciones del feminismo es precisamente extender el ser de madre más allá de dar a luz y cuidar al niño; la mujer es madre porque es dadora de vida, porque se compromete con la vida entre tantos valores de muerte como nos rodean, porque es discípula del Dios de la vida.

4.4. Mujer y virgen

La virginidad en María no se define por la falta de relación sexual o por un nacimiento milagroso de su hijo, no consiste en una cuestión puramente fisiológica. ¡Qué mérito habría de más en María! Ser madre, como el resto de las madres, no quitaría nada a su plenitud de gracia. No caigamos en esa frecuente unión que se hace entre su concepción inmaculada y su virginidad. Ni nos dejemos arrastrar por esas representaciones María virgen como simple adolescente resignadamente virgen, pura, de mirada limpia, pero sin energía en su rostro.

Ser virgen María es ante todo un modo de decir que el fruto de su vientre es realmente algo que viene de Dios, no alguien que es concebido por la simple acción de las fuerzas humanas; el nacimiento virginal de Jesús hace referencia directa al mismo Jesús, no a su madre.

La virginidad en María, virginidad que se extiende antes y después del nacimiento de su hijo, manifiesta, no simplemente una carencia de relación sexual, o una virginidad ritual del tipo de las vestales, sino un modo de ser. Un modo de ser que hace alusión directa a su autonomía, a su relación inmediata con Dios, sin necesidad de definirse por su relación al varón ni siquiera para ser madre; es el símbolo de una mujer que en sí misma adquiere toda la dimensión de su ser: sólo mira inmediatamente a Dios, que por otra parte, es carne de su carne; y a través de Él a todos los hombres y mujeres. De Él recibe únicamente la vida que hay en su seno y a Él da cuenta de ella. Es esa virginidad la que le da libertad de espíritu, intrepidez, fuerza, que le permite abordar las situaciones por las que ha de pasar. En concreto es la virginidad la que manifiesta que es exclusivamente suya la decisión a cooperar libre y responsablemente a la aparición de la Gracia de Dios entre nosotros, su hijo y Señor, Jesús.

La mujer de hoy, en pleno movimiento de justa reivindicación de su lugar en la sociedad y en la Iglesia, no encontrará mejor modelo de su feminismo que en María, mujer, madre y virgen,

Se puede ampliar esta reflexión en "*La mujer en la Iglesia y en el quehacer teológico*", Cuadernos Verapaz, n.7, San Esteban, 1991.

5. La Iglesia a la luz de María mujer

5.1. Una mujer, es el tipo de la Iglesia.

El Vaticano II ha resaltado este carácter de María. María es referencia inmediata de cómo ha de ser la Iglesia; es "su prototipo y modelo destacadísimo en la fe y en el amor" (LG.53) "Es figura de la Iglesia como ya enseñaba san Ambrosio: en el orden de la fe, del amor y de la unión perfecta con Cristo"(LG 63). Lo es como madre y como virgen.

También la Iglesia "es llamada con razón madre y virgen"(L.C.). La Iglesia, a la luz de esa mujer que es María, ha de engendrar nuevos hijos a Dios. Lo ha de hacer siendo virgen, es decir: sin maridaje con otras fuerzas que su fe y obediencia al plan de Dios. No puede maridarse con el poder, con el dinero, con la ciencia de este mundo. Su maternidad se realiza bajo la fuerza del Espíritu Santo. Sólo tiene que ser fiel a su Esposo "e imitando a la madre de su Señor, con la fuerza del Espíritu Santo, conserva virginalmente la fe íntegra, la esperanza firme y el amor sincero"(LG 64).

5.2. María, la Iglesia que ha llegado a su perfección

En María la Iglesia alcanzó su perfección. San Agustín enseña que es más importante la Iglesia que María. Pero la Iglesia nunca fue más Iglesia de Cristo que en María.

Nunca fue más santa que en María, preservada de todo pecado. La santidad de la Iglesia se realiza limitadamente a causa del pecado de sus miembros. Solo ha sido plenamente santa en María.

La figura de María es, tras la de Jesús, la figura más universal, más católica, de la Iglesia, de Oriente y Occidente. Su ascensión al cielo proclama el triunfo al que es llamado todo ser humano en su integridad espiritual y corporal. Es madre de todos los hombres -y mujeres - porque colaboró directamente con su Hijo a la salvación de todos.

María es, como hemos reiterado, la primera y mejor discípula de Jesús, algo que pertenece a la esencia de la Iglesia. María es la apóstol de los apóstoles, en ella la Iglesia alcanzó el sumo nivel de la dimensión apostólica. María cuidó de que los apóstoles fueran el fundamento sobre el que Jesús constituyera la Iglesia y con la venida del Espíritu Santo se constituyera realmente Iglesia. Ella es apóstol de los apóstoles: fue la que los convocó para la reflexión común, para la oración, para hacer memoria del

Jesús muerto y fortalecer la fe en su resurrección, para prepararse a dejarse arrastrar por la fuerza del Espíritu Santo. María es el supremo analogado de la Iglesia. (Hch. 1,14).

La perfección, pues de la Iglesia se halla en una mujer. Más allá de las dignidades que la institución eclesial reparte sobre todo a los varones, el momento supremo del ser de la Iglesia fue una mujer, María.

5.3. Lo femenino en la Iglesia

No se puede dudar de la aplastante presencia de los varones en la organización jerárquica de la Iglesia. Si la jerarquía es de orden, la que viene con el sacramento del mismo nombre, es presencia exclusiva. ¿La mujer ocupa un segundo lugar en la Iglesia precisamente por ser mujer? No gusta en los tiempos que -con justicia- corren afirmar esto. No gusta establecer niveles en la pertenencia a la Iglesia. Porque, en efecto, todos somos iglesia del mismo modo, el papa o cualquier laico o laica.

Pero es indudable que la Iglesia está constituida jerárquicamente, por decisión de su fundador, la jerarquía pertenece a la esencia de la iglesia. El gobierno de la Iglesia y la celebración de ciertos sacramentos, entre ellos la eucaristía, está reservado a hombres. Y sin embargo hemos visto que es una mujer la que ocupa el primer lugar en la Iglesia. Esto nos hace situar en su lugar el aspecto institucional de la Iglesia. El ejercicio de la jerarquía no supone ser más en la Iglesia, no supone ser más iglesia. El papa es realmente el siervo de los siervos de Dios. El presbiterado es un servicio, no una categoría, como el episcopado. La iglesia es ante todo pueblo de Dios, del Dios que ha mirado la humillación de su esclava y ha hecho maravillas en María.

Como Dios tiene rostro de hombre y de mujer, está más allá de esa distinción, su Iglesia ha de ser femenina y masculina. Su jerarquía, masculina, tiene que incorporar aspectos que son asignados a lo femenino. Por ejemplo, el amor maternal de María. El Vaticano II lo presenta como algo exigible a todos los que ejercen ministerios reservados a los varones. Para ello han de contar con la mujer, captar su peculiaridad, precisamente desde su celibato, que les permite tener una visión más precisa de lo femenino, e introducirlo en el ejercicio de su ministerio. Así: han de mostrar el rostro femenino de Dios, lo esencial de la presencia de María en la fe y en la espiritualidad cristiana, en la vida de la misma Iglesia. Jesús fue un ejemplo, sorprendente en su tiempo, en su sociedad y en la religión vigente, de la aproximación a la mujer y a lo femenino.

5.4. Dos rasgos marianos -femeninos- de la Iglesia.

La fecundidad. No sin provocar ciertas reticencias entre algunos padres conciliares, en el concilio se aprobó esta expresión: "La Virgen fue en su vida ejemplo de aquel amor de madre que debe animar a todos los que colaboran en la misión apostólica de la Iglesia para engendrar a los hombres a una nueva vida". Las reticencias venían de asignar a los que colaboran en la misión apostólica, en gran parte varones, *un amor de madre*.

Parte importante de la misión de la Iglesia es la que se realiza a través de los ministerios ordenados. Estos son exclusivos de varones. ¿Se les puede pedir que tengan amor de madre? Son todos "padres". El texto es significativo. Es la proclamación de cómo el ministerio apostólico de la Iglesia, sea cual sea, ha de estar movido desde el amor. No se

evangeliza para ganar más adeptos -proselitismo - y ser más numerosos y fuertes; ni para mostrar el botín conquistado, para autosatisfacción personal, -los apóstoles fracasaron al querer ser capaces de echar demonios -, sino sólo por amor a quienes se dirige la Iglesia, porque se les ofrece lo mejor que puede ofrecer, a Jesús el salvador. Solo el amor maternal genera hijos, incluidos los hijos de la Iglesia.

La paciencia de la gestación. La madre no puede adelantar el momento de dar a luz, todo sigue un proceso, que vive en el gozo de la esperanza y sabiendo esperar, es decir siendo paciente. No paciencia pasiva, sino activa, preparándose para el acontecimiento, para cuando vea su rostro el niño que lleva en las entrañas. La Iglesia ha de ser iglesia de constante y paciente esperanza. No ha de buscar medios ajenos a los propios de ella, la oración, la predicación, la atención al necesitado que pretenda forzar sus éxitos como generadora de nuevos miembros suyos. Saber esperar gozosamente, disfrutando del tiempo de la espera, es evangelizar. Es necesario mantener este sentido de la historia. Ella pertenece a la historia, en la historia ha de concebir, gestar y dar a luz nuevos hijos.

Recomendamos: "*La mujer, espacio de salvación, de María*", Teresa Porcile. Ediciones TRILCE, Montevideo, 1991. Leer algunos capítulos clave.